

De los pasos en falso en filosofía (Lecciones imaginarias)*

Jorge Santayana

I. HABLANDO DE LA MATERIA

Muchos profesores de filosofía parecen haber desterrado a la palabra “Materia” de sus escritos; mas no siendo yo capaz de desterrar a la Materia del mundo, prefiero retener el nombre que le dieron los antiguos, que eran mentes francas y no sobrecargadas por el peso de ninguna hipoteca. El mundo físico y el mundo político parecían ser entonces tanto el uno como el otro más ajustados a la medida de la humana estatura; las gentes no se sentían impulsadas, hasta la edad de la decadencia de los Sofistas, a refugiarse en una triste o barata subjetividad del peso abrumador y de la complejidad del mundo real. El espíritu, más seguro porque menos consciente de sí mismo, podía ganar una más justa perspectiva de los poderes que lo confrontaban. El primero de estos poderes era la Materia.

En cuanto a la existencia de esta “materia” no podía haber duda alguna, puesto que “materia” era sólo un nombre para llamar al principio, fuera cual fuera, de la existencia misma. Era la materia la que, mediante su oculta persistencia y movimientos, causaba la aparición aquí y la desaparición allí de los fenómenos: como cuando el agua que hierve en el cazo sube hacia lo alto desvaneciéndose en vapor, y luego vuelve a descender como lluvia, cayendo de las vaporosas nubes. Había continuidad, proporción y también, si estuviésemos dotados de la suficiente agudeza de vista y de ingenio para rastrear sus huellas, una ininterrumpida derivación no entre fogonazos de experiencia, sino entre las ocasiones materiales de ésta. La materia podría decir con la nube de Shelley: “Yo cambio, pero nunca muero.”

Al comenzar a rastrear de esta manera indirecta las transformaciones de la materia, paréceme que los primitivos filósofos griegos emprendieron el camino real de la ciencia y de todo conocimiento de existencia; pues su materialismo no era abstracto, insípido o injusto: veía que el mundo era permanente y lo veía en su totalidad. Porque los primeros naturalistas se limitaron a hacer precisas y susceptibles de verificación aquellas observaciones que, antes que ellos, los poetas habían desarrollado dramáticamente en innumerables

mitos y personificaciones divinas. El lado psicológico y moral de la existencia, que la filosofía moderna, bajo el influjo de la teología, ha tornado en metafísica, o el espectral espíritu del hombre que emerge por detrás de la naturaleza, todo eso era sentido por los antiguos poetas como el verdadero pulso de la naturaleza, a la que pertenece radicalmente la vida; de modo que los poetas, en sus exuberantes ficciones, no llevaron a engaño a la mente científica, sino que más bien prepararon un muelle nido de maravillas imaginativas que pudieran revestir como plumón al puro espíritu de la ciencia. Porque el espíritu de la ciencia no es ni más ni menos que una fase del espíritu humano, tal y como lo es el espíritu del mito, o del drama, o de la reflexión moral. Sus términos son términos humanos; sólo que en lugar de desarrollarlos por mor de sí mismos y en armonías espontáneas e ideales, tal y como hace la poesía, y como hacen asimismo la lógica y la matemática en sus términos simbólicos, el espíritu de la ciencia revisa, corrige, y matiza continuamente sus observaciones mediante un renovado y atento contacto con las ocasiones materiales que dan lugar a ellas, ganando de esta manera en seriedad y verdad lo que pierde en libertad y belleza.

Esta bifurcación de la vida mental en poesía y ciencia no debiera, para un crítico imparcial, envolver conflicto alguno. Una cierta confusión de la una con la otra, o una cierta rivalidad entre ambas, pudo haber tenido lugar, a veces, en las almas de los individuos o las naciones; pero, de hecho, los dos desarrollos tienen la misma raíz y expresan dos reacciones igualmente legítimas de la mente humana ante el mundo y la vida animal que lo evoca. Son desarrollos que no se contradicen entre sí más de lo que se contradice el oído con la vista o la música con la pintura. Pero los artistas son celosos y monoculares, y los filósofos son pendenciosos, enquistándose cada uno en su propio sentido. Y la saludable amplitud de aliento de la primitiva especulación griega no tardó en quedar sofocada por las sectas en que se dividió.

Hubo un tercer tipo de reflexión, además del mito y la ciencia, que atrajo a los pensadores griegos. Su civilización se había tornado dialéctica; eran todos oradores, argumentadores, discutidores. No menos dotados estaban para discernir figuras y relatar historias que para usar palabras. Ahora bien, fue el poder de las palabras sobre sutiles mentes exclusivamente familiarizadas con el vocabulario y la gramática de su lengua nativa, lo que condujo a lo que me parece ser el primer paso en falso de la filosofía griega. Su incipiente ciencia natural fue confundida con la dialéctica, que juega con los significados de las palabras y sus ambiguas ramificaciones. La fuerza oracular que se atribuyó a tales significados desnaturalizó al mito degradándolo en revelación. Otro mundo apareció, otra sociedad, muy diferentes ambos del mundo y de la sociedad en que se mueven realmente los hombres y a la que la inteligencia de éstos debe su existencia y su grado de relevancia para la verdad.

Evocar este ámbito de la dialéctica no es en sí mismo un error, como tampoco lo es evocar el ámbito de la música o de la matemática. Es un arte

liberal; y aun cuando podemos hablar de buena y mala dialéctica, al igual que de buena y mala música, el estándar de excelencia es aquí interno al impulso que inspira al arte, y no su utilidad o verdad en cualquier otro campo. Como dice Spinoza, imaginar cosas no-existentes, siempre que sepamos que no existen, es una virtud, no un vicio de la mente, especialmente cuando ésta lo hace con perfecta libertad y autonomía. Pero el régimen apretadamente humanista y político de los griegos no les permitió a éstos considerar dichas esferas, lo físico, lo poético, lo moral y lo lógico, como puros ámbitos claramente distintos: de manera que no es sólo que su cosmología estuviera infectada desde el comienzo por el mito, sino que cuando esta confusión fue audazmente desafiada por el viejo Jenófanes, la propia escuela de éste, la Eleática, confundió en lugar de ello a la cosmología con la lógica y la dialéctica. Hasta Demócrito, en quien la dimensión científica de la especulación alcanzó la expresión más plena, comprometió a su sistema físico al atribuir perfección ideal y carácter metafísico absoluto a los elementos del mismo. Demandó la existencia para los figmentos ideales de su libre dialéctica. Postuló, como esencia de la materia, la híbrida noción de átomos extensos pero absolutamente indivisibles.

Todos sabemos que el mundo en que vivimos está compuesto de unidades relativamente constantes, cosas y personas, separadas por espacios relativamente vacíos e ilimitados; y esta observación es válida para el entero reino o ámbito de la materia, astronómica y química; de manera que la falacia de Demócrito al asignar a sus átomos forma geométrica precisa y duración eterna fue comparativamente inocua. La antigua física descuidó su buen método, y la física moderna, cuando retornó a ese método, no se dejó turbar por el absurdo lógico de sus términos: así es como hablamos hoy de “escindir el átomo”, lo cual es naturalmente posible si se trata de unidades existentes de materia, aun cuando lógicamente imposible si se trata de “átomos”, vale decir, de unidades indivisibles por definición.

Hay otro punto en el que Demócrito introduce en su física, con harto más vastas consecuencias, el vicio radical de la metafísica: me refiero a la treta consistente en hipostasiar ideas o tomar palabras por cosas. ¿Por qué negó ilógicamente que sus átomos extensos eran divisibles? Porque había identificado la materia, nombre de algo existente, con el puro Ser, un término meramente lógico. Del mismo modo, identificó el espacio relativamente vacío entre los cuerpos con el No-Ser, la esencia superlativamente imaginaria de la Nada.

Estos pasos en falso condujeron a un abismo de oscuridad dialéctica que se abría a sus pies: un accidente que no tuvo por qué perturbar a Demócrito, quien no estaba obligado a aventurarse más allá, siendo su filosofía, en intención, naturalista de cabo a rabo e interesada por existencia y hechos contingentes que entrañan de varios modos la negación o ausencia de Ser. Infortunadamente, la confusión de la materia con el Ser puro y del espacio fi-

sico (a pesar de sus propiedades geométricas y escala física) con la No-entidad expuso el flanco de la física científica de Demócrito a los ataques de los lógicos, y contribuyó a alentar a los moralistas y los idealistas que apelaban en sus físicas al razonamiento en lugar de a la investigación.

Varios cosmólogos primitivos, no distraídos aún de la observación científica por clamor independiente alguno de la dialéctica, habían descrito el mundo natural en términos distintos de los últimamente elegidos por Demócrito, pero no menos penetrantes y legítimos. La más original, y la más profunda en su especial dirección, fue la intuición de Heráclito, la cual todavía vive, aseverando su validez en toda especulación competente. Esta intuición es empírica, elegiaca y moral no menos que científica: es que todas las cosas cambian, que la existencia es un flujo perpetuo e irrevocable. En su inmediatez, tal y como la siente el maravillado sabio, en su ausencia de fundamento, su precario futuro y su presente íncubo, la vida es un sueño. Esta hebra del pensamiento de Heráclito suena como una lamentación poética, y parece anticipar o participar de la subjetiva concentración de los hindúes, o de los profetas hebreos, o del idealista moderno. Pero él fue un filósofo natural; su universo era existente y material, e igual que Tales, el más antiguo de los filósofos, había identificado a la materia con el agua, de la cual pensaba que todas las cosas estaban hechas, así también identificó Heráclito a la materia con el fuego, que no sólo se mueve más aún de lo que fluye el agua, sino que vive sólo muriendo y devorándose perpetuamente a sí mismo. Y esta universal destrucción y renacimiento no fue sin divina admonición. La justicia regulaba el mundo; y dado que todo surgió sin una razón, el nacimiento era una especie de pecado, cuyo condigno castigo era presentemente la muerte. Heráclito era una suerte de pesimista, y fue llamado el filósofo que llora.

Mas nuestro juicio sobre él, basado en una masa casual de citas, debería ser cauto. Este castigo que la existencia se inflige a sí misma, como en un sueño, por ser irracional, implica una suprema autoridad de la razón; y Heráclito parece haber anticipado a Platón en el reconocimiento de ideas supratemporales e inmutables, que la existencia incorporaba de instante en instante, pero inmediatamente traicionaba. Esta traición fue el crimen y el pesar de la existencia, más también su goce perpetuo ante cada vislumbre de esa perfección y belleza que ella no sabría retener y sin embargo invenciblemente adora. Heráclito representó así al genio griego en su plenitud y su sistema fue el único que dio oracular y oscura expresión al espíritu que vivió en casi todos los poetas y sabios de su raza.

La palabra "fuego" sugiere una imagen y una sensación, inequívocamente sensoriales y animales ambas, de modo que una ciencia circunspecta jamás podría atribuirles literalmente a la materia; y sin embargo nuestro más íntimo contacto y más sentida identidad con la materia ocurre en nuestros cuerpos, donde el "fuego" de la pasión y el auto-devorador flujo de la vida y el sentimiento nos sitúan tan cerca del verdadero corazón de la materia como

pueda estarlo una experiencia. Una aprehensión semejante es personal, humana, subjetiva: postularla, o cualquier otra cosa por el estilo, como la esencia intrínseca de la tierra o las estrellas, sería insensato; sin embargo, la tensión, la inestabilidad, la relatividad, la radiación que, desde un centro invisible, alcanza y cubre a un campo distante, nos parecen ahora estar más cerca de la sustancia de las cosas y del pulso de la naturaleza que cualquier figura geométrica o fórmula algebraica. El poeta puede confiar demasiado en sus ojos; pero su aprehensión está más hondamente arraigada en la materia y más ricamente alimentada por ella que la mente que razona.

Fue, empero, a la mente que razona, y en la más sutil de sus dimensiones, a la que se abandonó durante épocas en la filosofía occidental la concepción de la materia. Ahora bien, la mente, en sus comienzos existenciales en la vida animal, es una tensión inarticulada que varía en cualidad e intensidad y deviene, en sus aspectos culminantes, lo que llamamos dolor, placer, alarma, expectación, o esfuerzo. Si la atención fuese a cada paso totalmente distraída de lo que la estaba ocupando por lo que ahora la atrae, jamás sería capaz la mente de lanzar una mirada de conjunto a su propia experiencia o historia: pero esos aspectos culminantes, con su especial cualidad y vividez, continúan flotando cual burbujas en la turbida corriente subterránea, de suerte que pueden ser contrastados con lo que es desemejante a ellos, o cabe reconocerlos como parcial o totalmente similares cuando reaparecen. Aunque la atención ha de verse en todo momento realineada por la continua combustión psíquica, los términos que la atención distingue pueden durar reconociblemente, lo cual permite rastrear su huella, tal y como se puede rastrear la huella de las notas que recurrentes en una melodía. Si se las sostiene o se las repite, esas notas llenan nuevos trechos o momentos del tiempo; mas lógicamente y para el lenguaje humano son unidades ideales, imágenes que pueden ser repetidas en términos susceptibles de ser definidos, como el círculo.

Las palabras tuvieron anteriores usos en la vida humana antes de tornarse en signos de ideas; fueron gritos, llamadas, señales, o nombres: y en estos elementales usos las palabras designaron cosas, personas y lugares. Fueron anticipaciones, acompañamientos o resultados de sucesos materiales, como los cánticos o los susurros del cortejo, los gemidos de las plañideras o la desafiadora jactancia de los guerreros homéricos. Tan pronto como sea usado el lenguaje, no importa en qué grado, de esta manera indicativa y prospectiva, es usado científicamente, y cualquier desarrollo técnico de ese uso pertenecerá a la historia o a la ciencia, o bien indicando o bien contraviniendo la verdadera fuente de los sucesos. Así el lenguaje, en esta su función primigenia, es un arte económico.

Mas no bien comienza el lenguaje a designar ideas, se torna en arte liberal: poesía, lógica, dialéctica, matemática o gramática. El efecto de cultivar este género de lenguaje es enriquecer las imágenes que nos brindan los sentidos con sugerencias de ulteriores imágenes, variando, analizando y combi-

nando aquellas que el contacto con la materia ha despertado en nosotros. Ahora bien, un animal absolutamente reactivo o pragmático pudiera aceptar meramente estas sensaciones como una muchedumbre de mensajes o llamadas provenientes de la materia, en sus variantes lugares y mociones, elicitando su afortunada fuga o su afortunada prosecución o su fiera batalla con ella; y si aquellas imágenes recurrieran en su memoria o en sus sueños, como probablemente sería el caso si la reacción estuviese fuera de cuestión, le interesarían meramente como nombres de aquel enemigo o amigo real pero ahora ausente; y especialmente, cuando estas imágenes o reviviscencias estuviesen cargadas de emoción, marcarían para él la bondad o maldad de aquel agente ocasional. La sensación y la memoria aplicarían o proyectarían así propiedades dinámicas y morales para distinguir asaltos de o a la materia, sin que las cualidades gráficas o auditivas de las imágenes fuesen registradas o anotadas por su propia cuenta. La experiencia de ese animal se ceñiría exclusivamente a la materia, como el objeto del placer, la cólera, el temor o la satisfacción apropiada. Se sentiría como siendo simplemente su cuerpo, al que esa materia ambiente afectó.

Pero, si la vida fuera toda ella acción y el yo no fuese nada más que su cuerpo, no habría filosofía alguna, ni tampoco, por tanto, materialismo alguno. La vida animal, empero, está llena de pausas, de ponderación, de quietud y contemplación similares al trance. La luz, el sonido, el color, el movimiento y sus variaciones son a menudo percibidos y óptimamente percibidos cuando el animal, a salvo en su distante percha o guarida, se abreva en la pura cualidad de tales estímulos sin impulso alguno que induzca al movimiento. Mas la inmensa mayoría de estos focos ideales de contemplación reside en objetos que en otras ocasiones excitan la voluntad; de suerte que, en el estudio de las puras ideas, la mente cree estar estudiando cosas materiales. Los signos sensoriales o morales que genera la materia en el animal son entonces considerados no meramente como nombres de la materia, sino como cualidades que son propias de ésta; y el vocabulario de los sentidos humanos se torna, para la humana opinión, en el inventario del mundo.

Éste es el radical, el inevitable, el sempiterno paso en falso de la filosofía. Es un fragmento de pueril e inocente egotismo; mas sus inmediatas consecuencias son, por el contrario, las ilusiones de un realismo literal y absoluto. Las imágenes visuales, los sonidos, los nombres, las ideas son tomadas por cosas; son concebidas tal y como son concebidos los dioses, como nadando o flotando en el espacio, como revelándose en ellas mismas, no completamente, quizá, pero verdaderamente, por virtud de una revelación natural de su presencia y una radiación de su esencia.

Todos los naturalistas y lógicos griegos que antecedieron a Demócrito y todos los que vinieron después, salvo sus discípulos, padecieron de esta ilusión: la completa ausencia de auto-consciencia, o sentido para las existencias psicológicas. Estudiaron la naturaleza y la lógica atentamente, con intención científifi-

ca, de manera que su aprendizaje fue real y en modo alguno un paso en falso en sus campos propios: pero tomaron equivocadamente el campo de la psicología y el campo de la lógica por partes o por la totalidad del campo de la materia, o el universo físico. Demócrito fue el primero que, con su olímpica distinción entre lo que existe en la naturaleza, *phýsei*, y lo que aparece por convención, *nó-mooi*, desterró a aquel realismo pictórico o conceptual, excepto en aquellos pocos lapsos técnicos, de los que ya he hecho mención, que le hicieron sucumbir a la ideación al atribuirle esencia geométrica a la materia y el espacio.

La lista de esencias sensoriales e ideales atribuidas por los filósofos griegos a la materia es pintoresca e instructiva: el carácter arbitrario de todos y cada uno de sus elementos pudiera haberles avisado de que era el maquillaje humano de la materia y no las propiedades intrínsecas de ésta lo que ellos estaban percibiendo y, acto seguido, hipostasiando. Tales declaró que toda la materia era agua, Anaxímenes que todo era aire, y Heráclito, más bien poéticamente, que todo era fuego: y Aristóteles observa, con una (en él) rara chispa de humor, que ninguno dijo que todo era tierra, a pesar de que eso es más bien lo que cree la inmensa mayoría de la gente. La física posterior de la antigüedad corrigió sensiblemente esta omisión, y estableció la tierra, el agua, el aire y el fuego como los cuatro elementos del mundo físico. Pero mientras tanto una mente sutil, guiada por el axioma de que el cambio es imposible (un paso realmente en falso en filosofía) había declarado que toda cualidad encontrada en las cosas tenía que preservar su esencia para siempre, pero en unas parcelas tan diminutas que no eran perceptibles por nuestros sentidos a no ser que se las juntase; de manera, por ejemplo, que cuando Arquímedes prendió fuego a los barcos enemigos concentrando sobre ellos, con reflectores de magno aumento, los rayos del sol, no era la madera lo que ardía, sino átomos de fuego que pre-existían en ella, o que eran irradiados sobre ella desde el sol, que los juntaba a todos en esta mancha con figura visible de llama. Esta fantástica teoría, fundada en un prejuicio, ha sido resucitada en nuestros días por filósofos avanzados. Los átomos cualitativos fueron, empero, ahora originalmente percepciones e incluso al hacer de ellos solamente unidades lógicas no se los concibió como eternos.

Anaximandro fue el único naturalista antiguo que pudo parecer haberse escapado del falso realismo acerca de la materia, puesto que dijo de ésta que era lo indefinido o no-definido, *tò ápeiron*. Aquí cabría ver un anticipo de la noción metafísica post-socrática de la materia como potencialidad **.

II. NATURALEZA Y ABUSO DE LAS IDEAS

La palabra “idea” significa etimológicamente algo visualizado en la medida en que es visualizado: tiene el carácter obvio de una visión ¹. Pero en tiempos modernos la palabra ha servido también para nombrar la perfección

o conmoción en el organismo por la cual ese tema ideal aparece a la imaginación de alguien. De un hombre se dice que está poseído por una idea como si ésta formase en el tiempo actual su vida psicológica real. Pero la idea propia, la idea ideal, no puede ser poseída puesto que es inmaterial, intangible y no ocupa parte del espacio físico; ni puede literalmente poseer ni obsesionar a una mente, puesto que no es un agente, una suerte de ángel o demonio que se precipitase sobre el alma impoluta del inocente. La idea como íncubo y la idea como proceso o estado mental debieran ser, por tanto, cuidadosamente distinguidas de la idea como esencia; vale decir, como un tema ideal para el sentido o para el pensamiento.

Si el hombre fuese lo que la filosofía británica hubiera hecho de él, o sea, una serie de ideas, cada una de las cuales es consciente de sí misma, ninguna de ellas pudiera haber imaginado cualquier otra, ni ser indicativa de ninguna otra cosa. Mas sucede que el hombre es un animal que vive en un mundo físico y poblado de rebaños de otros animales de su propia especie y de muchas otras especies; y es principalmente impacto de cuerpos circundantes, o de perturbaciones, necesidades e impulsos provenientes de su propio organismo, que son causa de que aparezcan ideas ante su mente. Su atención es despertada por ideas especialmente cuando la acción es inminente, o cuando acucia el peligro; de manera que las ideas le vienen inicialmente como indicaciones de algo eventual, como signos de algo, no como tal idea que haya tenido lugar o que es probable que tenga lugar. Entonces sus instintos y acciones se ajustan automáticamente de suyo a estos remotos objetos: y es el momento o importancia de estos ajustes lo que vigoriza su vida, lo que lo hace confiar en el pasado y en el futuro, y lo que presta el valor de signos o indicaciones a las ideas concomitantes. Y la misma vida animal presta a estas ideas otra cualidad, adventicia a su esencia lógica o gráfica: estas ideas se tornan en bien o mal venidas, convenientes o terribles. Así la apariencia anuncia la realidad. El trivial espectro de la lógica y la estética toma prestado el resonante trueno y el colorido de un mundo moral.

La indicación y la aserción, aunque a menudo van juntas, son, desde un punto de vista lógico, dos acciones enteramente diferentes. El simple apuntar puede ser un gesto de desdén; y el nombrar, que desde el punto de vista lógico es sólo una indicación, puede devenir coloquialmente un insulto, como cuando llamamos asno a un hombre. Aquí es la falsedad misma de la idea lo que constituye el aguijón del asunto. El sujeto en cuestión es un hombre y no entiende, sin embargo, más de lo que entienda un borrico. Si el tema fuese la velocidad, llamarle galgo hubiera sido un cumplido.

Las ideas son así intercambiadas con una carga de juicio, y producen en política la más grande confusión. Porque ante la misma imagen gráfica o verbal, como es por ejemplo "igualdad", puede que se abran diversas perspectivas morales en mentes diversas: un hombre puede pensar en la justicia y otro en la uniformidad. La justicia es un bien moral, la uniformidad un epiceno es-

tético y un hastío vital: de manera que dos partidos pueden oponerse calurosamente entre sí acerca de la igualdad cuando de hecho están de acuerdo, deseando ambos la justicia y odiando ambos la compulsión, el tedio, la mediocridad y el engaño que acompañan a la mismidad universal. Habría menos facciones y menos mala voluntad en el mundo si la gente supiera distinguir sus preferencias de su información.

Las preferencias son en parte vitales e innatas, en parte adquiridas y accidentales; y en cualquiera de ambos casos es poco el provecho que se saca lidiando con ellas. No cabe duda de que una juiciosa educación puede hacer mucho para guiar la parte adquirida y accidental y conformar el sentimiento público y la costumbre a los intereses dominantes. Pero esto pertenece a la esfera ejecutiva del gobierno, donde lo que está en cuestión no son los fines sino los medios. Es la esfera ideológica del gobierno la que puede recompensar al análisis y la que se encuentra en apremiante necesidad de él.

Hablamos de ideas fijas, algo más bien mórbido: también hablamos de ideas recurrentes; y un político podría parecer frívolo si jamás se repitiera a sí mismo. Así una idea parecería ser algo más que un fantasma pasajero; ahora se ha tornado en un punto de vista, una opinión, una pasión que entraña una afirmación definida y reconocible; una proposición que, en su forma verbal, es notoriamente susceptible de ser repetida y difundida entre el público. Semejante punto de vista profesa ser *el mismo* en innumerables ocasiones y en innumerables mentes. Mas ni siquiera en dos ocasiones que afecten a una sola persona puede ser el mismo hecho psicológico. El dolor de muelas es un nuevo hecho cada vez que vuelve a manifestarse; y es asimismo una percepción cada vez que ocurre. Sólo que así como sus sucesivas manifestaciones pueden ser desagradablemente similares, así también las sucesivas apariciones de la idea pueden parecer en considerable medida la misma: aun cuando una idea es, a diferencia del dolor, susceptible de tornarse más y más ficticia, vaga y meramente verbal cada vez que reaparece.

Ahora bien, si aceptamos esta distinción natural entre los incidentes psicológicos, que son separados y múltiples, y la idea, que es una pero aparece en cada ocasión en una diferente traza más o menos nítida o borrosa, hemos removido por entero la "idea" del campo psicológico. Se ha tornado una idea ideal: un carácter lógico formal o definible en ciertos objetos, como el triángulo equilátero o la bandera nacional. Una vez más podemos ver aquí que en este sentido ideal o lógico la idea es un tema de discriminación intelectual, y no una unidad física ni tampoco un acto o movimiento del pensamiento. Sentimientos y visiones en diferentes tiempos y en diferentes personas serán, si su objeto se conforma a la misma definición, sentimientos y visiones de la misma idea; y en esta medida esas personas estarán pensando en la misma cosa, de modo que esa discusión entre ellas puede ser lógicamente coherente, y no sólo una querrela verbal y una exhibición de temperamentos. A esta idea específica o definible, que puede ser tema de diferentes mentes en diferentes momentos, la llamo una

esencia; y al pasajero sentimiento o pensamiento que en cada caso distingue a esa esencia lo llamo una *intuición*. Puede que esta intuición no sea todo lo que constituye los sentimientos y pensamientos de una persona en cualquier momento: es sólo la dosis o cantidad de sentimiento y pensamiento suficiente para distinguir o concebir esa esencia. Otras esencias, en su inmensa mayoría inominadas, evanescentes e irrecuperables, pueden pasar al mismo tiempo ante la mente.

Al reconocer una idea, o al recordar que la hemos tenido antes, lo que está presente a la mente es mucho más que la esencia o idea ideal en cuestión. Hay al menos un sentido sostenido del tiempo y del mundo en que hemos estado viviendo, de manera que estamos capacitados para separar y colocar a distancia nuestra pasada intuición de esta esencia de la presencia de esa misma esencia ahora: y esto, por hipótesis, no es debido a una intuición evocadora de dos esencias diferentes, puesto que es la mismidad de la esencia lo que particularmente llama nuestra atención. Pero la escena ambiente y la carga residual de nuestras mentes fueron diferentes en las dos ocasiones; quizá podamos datar con precisión tales ocasiones; y la ocurrencia de la misma idea ideal en ambas puede tornarse así de suyo en un veredicto presente de la intuición. Pero aquí la memoria puede engañarnos. Así como el borracho puede proyectar las dos imágenes generadas por sus dos ojos en dos lugares diferentes, así puede la memoria proyectar falsamente la esencia ahora presente en una perspectiva del pasado y creer que esa esencia estuvo también antes presente en un diferente escenario.

En este punto, cuando tocamos la patología de la ideación, el tema cobra importancia para la política. El estadista, o el ciudadano, no alimenta sus ideas como puras intuiciones o puras esencias: su interés se vincula a hechos; a sucesos recientes o posibles. Rara vez reflexiona, a no ser con vistas a actuar inteligentemente o, al menos, a juzgar justamente lo que ha sucedido. Sus ideas privadas son, por tanto, todas ellas proyectadas a perspectivas temporales, y él fabula a manos llenas fáciles historias y fáciles profecías. La palabra misma "ideología" ha venido a ser usada satíricamente: como si resultase imposible que las ideas políticas fuesen otra cosa que verbalismo y sofística propaganda partidista. Mas esta impresión no sabría estar mejor fundada; no, empero, en la naturaleza de las cosas, que en la inmensa mayoría de los casos está tentadoramente abierta tanto para el arte como para la ciencia de la política. La raíz del problema está en la presión que ejercen la necesidad, la avidez y la mala voluntad en la sociedad humana. Esta presión da por resultado que es inevitable que la gente abrace apasionadamente opiniones sin conocimiento de los hechos; el apoyo popular anima entonces a los líderes a actuar de acuerdo con tales opiniones; y llegan a quedar empeñados de por vida en la defensa de las impetuosas acciones y las ignorantes ideas de esa gente en las que vinieron a inspirarse. La práctica del gobierno les enseña, empero, algo acerca del arte de la política, incluso cuando la ciencia de ésta queda totalmente excluida por sus retóricas

sandeces; y dado que, al sujetarse a la tradición y a la costumbre, gobiernan en muy buena medida igual que gobernaría cualquier otro partido, la experiencia jamás parece refutar ninguna de las ideologías rivales.

La experiencia, considerada desapasionadamente, podría refutarlas o desacreditarlas a todas ellas como códigos políticos, aunque también podría, por otra parte, revelar su relativa justificación como quejas o aspiraciones elocuentes. Las ideas son signos normales, pero conducen a error cuando se piensa que gobiernan los sucesos, porque los factores dinámicos de los cuales las ideas son signos no son ideas. Los sucesos dimanar de causas extraordinariamente complejas, geográficas, biológicas, psíquicas y económicas; mientras que las ideologías políticas representan profecías irresponsables, o rivalidades sociales y resentimientos, algo en cualquier caso ciego para todo lo que no sea él mismo.

Al hablar de política reducimos las ideas a unidades globulares enteramente relativas a nuestra conveniencia en la memoria y la comunicación; y aquí la palabra "idea" puede adquirir un sentido totalmente nuevo, no significando ni los momentos del pensamiento ni la carga ideal de éstos, sino una tendencia impersonal en la historia. Y secuencias dialécticas, tal y como cabe imaginar que prevalecen en un argumento razonado, pueden ser entonces atribuidas a sucesos materiales, y expandidas como profecías de lo que el futuro tiene inevitablemente en el almacén. Las profecías de este género son un arma política poderosa. A la gente le gusta estar del lado ganador; y si un profeta les asegura solemnemente que algo tiene que suceder, empiezan a otear signos de ello, a apostar por el asunto, y a hacer gravitar todo su peso, en la acción y en el elogio, hacia el lado predestinado a ganar. Las "ideas" pueden devenir así realmente fuerzas, porque se les atribuye fuerza: así también puede una imagen tornarse en modelo y guiar pasivamente a la acción o gesto que la imite. Dos cosas, no obstante, cabe observar a este respecto: que no es la idea, como esencia, sino la psique, con su vida orgánica, la que, al entretener esa idea, desencadena otros procesos vitales en ese vórtice o ritmo, y parece mimetizar su efecto: pero esta mimetización tiene lugar con mayor frecuencia y más inveteradamente cuando el efecto no ha sido observado jamás, y es totalmente inconsciente. El otro punto a observar es el siguiente: que, hasta en el pensamiento más alerta y consciente, el movimiento de atención que discierne conexiones dialécticas entre términos lógicos jamás es él mismo dialéctico. Forma una secuencia temporal, psicológica, que obedece a todas suertes de hábitos vitales e influencias accidentales; y el subyacente nervio de la dialéctica no es jamás la secuencia real de sucesos públicos, ni tan siquiera la secuencia de los pensamientos del observador, sino un patrón puramente ideal y artificialmente selectivo impuesto sobre los sucesos por el historiador.

Las ideas en sentido propio, esto es, las esencias, sólo tienen relaciones ideales y esenciales. Tales relaciones son todas inmutables. Que ahora se tenga noticia de algunas de ellas y luego de otras, es un accidente debido a causas físicas en la vida del pensador. Pero relaciones dramáticas, que son

ideales, conectan sucesos en el tiempo: son tipos de secuencias en las que alcanzan cumplimiento las profecías, las ambiciones se frustran, los crímenes son castigados y la inocencia sacrificada, o en las que retorna el amor. La Parábola del Hijo Pródigo, por ejemplo, es una idea eterna: pero pinta una serie de sucesos que tienen relevancia moral unos para otros y transmiten una lección moral. Estos sucesos pueden ser puramente imaginarios o pueden haber ocurrido materialmente una vez: pero esta ocurrencia, su fecha, y las ulteriores fortunas de los dos hermanos quedan fuera de su alcance², y no introducen la menor diferencia en este drama. Así también, cuando un patrón dialéctico es descubierto en la historia, es alguna idea eterna que ha encontrado aquí ejemplificación, tal y como pudiera serlo la mutua implicación de los opuestos; pues, si pones tu atención en uno de ellos, algún día puedes percartarte de que le acompaña lógicamente, como si fuese su negativo o su sombra, la idea de su opuesto, de suerte que, si pones, por ejemplo, tu atención en el número seis, algún día puedes percartarte de que ese número encierra en su interior dos veces el número tres o tres veces el dos. Es ésta una relación descubierta por puro análisis, que toma nota de la implicación entre esencias definibles: mas pudiera ser que, por azar, encontrases ejemplificada esa misma relación en tu vida familiar si tu mujer tuviera tres pares de gemelos o dos veces trillizos. Pero ni la lógica ni la dialéctica pueden requerir jamás de tu mujer que realice una u otra de estas dos proezas; y, si tú te imaginas que fue la implicación de los dos números tres o de los tres números dos lo que la ha compelido a realizarla, has sucumbido a una superstición metafísica.

Así Hegel sucumbe a una superstición metafísica si imagina que el contraste dialéctico que él es a veces capaz de rastrear en ciertas revoluciones históricas hizo a éstas necesarias o benditas. Esas revoluciones no fueron benditas a no ser que dejaran satisfecha alguna demanda vital de una criatura viva, sin que quedase frustrada por ellas ninguna demanda en contrario por parte de esa misma o de otras criaturas; y no fueron en ningún caso necesarias, porque la necesidad vincula entre sí solamente una idea lógica con otra idea lógica, no un hecho con otro hecho: pues los hechos son intrínsecamente contingentes tanto en sus existencias como en sus desarrollos. Los hechos no pueden, ciertamente, existir sin poseer algún carácter, ni puede seguir un hecho a otro sin hacerlo con algún orden particular: pero atribuir la existencia de esos hechos al poder de su esencia, o la secuencia de los mismos al poder de esa forma de secuencia, es pura y simple superstición metafísica: la ilusión de que un resultado es la causa de su causa.

NOTAS

* "On the False Steps in Philosophy", con nota preliminar de Daniel Cory, apareció en las pp. 6-19 del número monográfico que dedicó *The Journal of Philosophy* a ce-

lebrar el centenario del nacimiento de Santayana [*The Journal of Philosophy*, 1964, fascículo 1]. El editor de *The Journal of Philosophy* ha concedido el permiso correspondiente para su publicación en **Limbo**. La traducción es de Carmen García-Trevijano.

** [Texto inacabado D.C.]

¹ Cf., por ejemplo, “J’ai deux fois, en dormant, revu la même idée.” Racine, *Atthalie*, Acto II, Escena V.

² Es decir, de la Parábola en cuestión tomada como una “idea eterna” o “lección moral” [esta nota no figura en el texto, D.C.].

APÉNDICE: NOTA DE DANIEL CORY

En 1948 —cuatro años antes de su muerte— a Santayana le estaba resultando extremadamente difícil dejar listo para publicación un heterogéneo cuerpo de manuscritos que más tarde llegó a ser su última gran obra: *Dominations and Powers* [*Dominaciones y potestades*]. En tales circunstancias me sorprendió sobremedida recibir de él la siguiente noticia en 31 de julio: “Otra cosa que me ha pasado es que me he desviado del tema de mi libro *Dominaciones y potestades* para vagar por territorios que no son propios de la política sino de *Les Faux Pas de la Philosophie* [*Los falsos pasos de la filosofía*], ¡y de hecho he puesto aparte unas veinte o más páginas como posible contribución a ese otro libro! Sé que esto es insensato; no pretendo entretenerme con ello; pero ¿por qué, si me viene a la cabeza una buena idea, no debiera yo tomar una breve nota al respecto? Quizá algún día pudiera usted utilizarla...”

No fue hasta el otoño de 1951 cuando, habiéndose deteriorado súbitamente su salud, me entregó una tarde Santayana un montón de manuscritos en un sobre sellado, encargándome que no examinara su contenido hasta después de que él muriese. Dijo que se trataba de los “errores de la filosofía”, sobre los que me había escrito una vez, pero que más tarde había decidido darle a aquello el título de *On the False Steps in Philosophy* [De los pasos en falso en filosofía].

Sólo recientemente he examinado con cuidado las cuatro o cinco posibles “lecciones imaginarias” (algunas de ellas sin terminar) contenidas en aquel grueso sobre, y aun cuando no he renunciado a la idea de utilizarlas algún día como base de un breve curso de lecciones o de un librito, no veo razón para no publicar un par ellas en este año en que se cumple el centenario de su nacimiento. Aquí van los últimos pensamientos de un sabio que reflexiona, al atardecer de su vida, sobre los temas que por tantos años acapararon su atención, no sólo como profesor en Harvard sino como *savant* que vivió retirado en Europa. La exposición de estos temas es quizá más simple —menos “literaria”— en estas “lecciones imaginarias” que en otros lugares, mas yo espero que refresquen nuestro recuerdo del carácter realmente único y de la ubérrima sabiduría de un filósofo bien amado.

DANIEL CORY, *Albacea literario*
Merano, Italia